

LA ESTROFA REACIA DEL *POLIFEMO*

I

Es bien conocida de los gongoristas aquella carta en que el "Cisne cordobés" contesta a uno de sus detractores. Única vez que nos expuso su estética, Góngora, autorizándose con Ovidio, defiende allí la conveniencia de lo embozado y enigmático, nuevo valor de la poesía que puede sumarse a los demás. Gracias a esto —viene a decir Góngora—, el poema no se queda mudo en el papel y como desligado de los lectores, sino que sigue viviendo y creciendo en la mente de quien lo recibe, éste comienza a participar en cierta medida de la función poética creadora y gana, además, aquel innegable deleite que acompaña a toda investigación¹.

La idea flotaba en el ambiente. No necesitamos trazar su historia². Sólo recordaremos algunos datos, el primero de los cuales suele olvidarse. Los otros dos nos acercan ya a la obra de Góngora, por referirse a ella directamente.

Desde 1528 cuando menos, encontramos tal idea en el *Cortesano* de Castiglione, breviario de la época, libro conocido en España antes de ser impreso, y muy leído luego en la traducción de Boscán (1534). Aquí aparece esta página (ed. Libros de Antaño, Madrid, 1873, pp. 81-82):

... que si las palabras habladas traen consigo alguna escuridad, la habla no penetra en el corazón del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca de dificultad o, por mejor decir, una agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad a lo que se escribe, y hacen que quien lee no sólo esté más atento y más sobre sí, pero aun mejor considera y con mayor hervor gusta del ingenio y dotrina del que escribe; y trabajando un poco

¹ Publicó esta carta A. PAZ Y MÉLIA, *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, 2ª serie, según el ms. 3811 de la B. N. M. Escrita en Córdoba, sin fecha, letra del siglo XVII, la carta es posterior al *Polifemo* y las *Soledades* (1613). Ante el escándalo provocado por el *Polifemo*, Góngora escribió también el soneto "Pisó las calles de Madrid el fiero..."

² Cf. L.-P. THOMAS, *Le lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne*, Halle-Paris, 1909.

con su buen juicio, recibe aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles.

Carrillo y Sotomayor († 22 de enero de 1611) sostiene, en su *Libro de la erudición poética*, que la poesía no se hizo para indoctos ni para ingenios perezosos, y ajusticia a los incapaces de “cosas altas y sutiles” —“los que sencillamente contaron”— con la calificación de meros “versificadores”³. Lo cita el comentarista gongorino Pedro Díaz de Rivas en sus *Discursos apologéticos por el estilo del “Polifemo”* y “Soledades” y añade:

Causa también obscuridad en las *Soledades* lo gallardo y vrabo que pretendió el poeta con las transposiciones, porque éstas (según Quintiliano, lib. 8, cap. 2) obscurecen la oración. Así el no entenderlas no será culpa del poeta galán y levantado, sino de el floxo que no quiere construirlas y entenderlas⁴.

Peró con algo se ha de pagar el premio de la exquisitez y sutileza. Y todavía en el siglo xviii, Luzán e Iriarte discuten si el terceto final del soneto que Góngora dedicó a la *Historia Pontifical* de Bavaria se refiere a la inmortalidad que da la imprenta o a la caída de Ícaro⁵.

A las dificultades del sentido se sobreponen, pues, en Góngora, las de carácter puramente lingüístico, ya de vocabulario o ya de sintaxis. La dificultad que aquí consideramos se refiere al orden de las palabras y acaso a una posible sinécdoque.

II

Pronto hará cuatro siglos y aún no nos ponemos de acuerdo. Para ser exactos, nuestro problema sólo fue considerado por los críticos del siglo xvii; después cayó en olvido por el temeroso silencio en torno a Góngora —de suerte que la misma edición Rivadeneyra, si bien fue hecha con detenido estudio y cotejo, no reparó en esta cuestión—, y a mí me tocó resucitar el punto y plantearlo de nuevo el año de 1916⁶. A fines de este año y hasta el 1921, colaboré con R. Foulché-Delbosc para la publicación del ms. Chacón, publicación que él dirigía desde París y yo ejecutaba en Madrid, a vista del precioso códice. Conservo la correspondencia que ambos nos cambiábamos entonces, sobre todo las cartas que me dirigía R. F.-D.;

³ Ed. de M. Cardenal Iracheta en la *Bibl. de Antiguos Libros Hispánicos*, serie A, t. 6, Madrid, 1946, *passim*.

⁴ B. N. M., ms. 3906, ff. 68-91 vº, especialmente 81 vº.

⁵ MENÉNDEZ Y PELAYO, *Hist. de las ideas estéticas*, t. 5, 1903, p. 197.

⁶ A. REYES, “Los textos de Góngora”, estudio primeramente publicado en el *BAE*, 3 (1916), 257-271 y 510-525, y recogido luego en mis *Cuestiones gongorinas*, Madrid, 1927, pp. 37-89. Para la estrofa xi del *Polifemo*, véanse especialmente las pp. 77-79.

pero nada he encontrado allí sobre mi actual tema, que lo es la octava XI del *Polifemo*. Lo que no es extraño, dado que nuestra edición no había de llevar anotaciones de crítica literaria⁷.

Poco después intenté resolver la dificultad mediante un rasgo de la puntuación —como se explicará adelante—, al preparar una edición del poema⁸. Pero, nunca satisfecho del todo, resucité la cuestión en mi *Correo Literario, Monterrey*, que me llevé de Río de Janeiro a Buenos Aires y de que alcancé a publicar catorce números, entre junio de 1930 y julio de 1937. Tuve la suerte entonces de recibir dos comunicaciones: la una del gongorista polaco Zdislas Milner —desde Mont-Cauvaire, Normandía—, la otra del escritor y catedrático argentino Roberto Giusti (Buenos Aires, 23 de octubre de 1931), coincidente con la de Milner. Di cuenta asimismo del punto de vista propuesto por Lucien-Paul Thomas, uno de los patriarcas del gongorismo moderno. Pero interrumpí la publicación de *Monterrey* sin recoger cierta carta de August Soendlin (Cincinnati, 8 de marzo de 1937), omisión que ahora subsanaré⁹. El enigma —como en la teoría estética citada a los comienzos— ha seguido germinando en la mente de los eruditos. Don Alfonso Méndez Plancarte publicaba una serie de *Cuestiúnculas gongorinas* donde, refiriéndose a la interpretación de Dámaso Alonso, proponía a su vez la suya. Finalmente, Dámaso Alonso, el más autorizado de los gon-

⁷ *Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, New York, 1921, 3 vols. Al referirme a la octava XI, empleo, como los viejos comentaristas, la numeración corrida de las estrofas, de la I hasta la LXIII.

⁸ *Fábula de Polifemo y Galatea*, Madrid, 1923 (Biblioteca de Índice, núm. 3), en especial p. 14. —Yo mismo reseñé esta edición en *RFE*, 10 (1923), 318-320, y más tarde incorporé esta reseña en mis *Cuestiones gongorinas*, pp. 247-253, arrastrando por desgracia una errata de un sitio a otro: p. 251, línea 19, dice "Estrofa 38" por "Estrofa 28". Con las correcciones a mi edición que yo mismo señalo aquí, las que me señala Dámaso Alonso en la propia *RFE*, 14 (1927), 451-453, y las que discutí en Buenos Aires con Arturo Marasso y con Pedro Henriquez Ureña, cuando este último preparaba sus *Cien de las mejores poesías castellanas* (A. Kapelusz y Cía., Buenos Aires, 1929), tengo mis ejemplares de uso personal anotados para una probable reimpresión. Prescindo de un par de observaciones al ms. Chacón contenidas en el prólogo de B. ALEMANY Y SELFA, *Vocabulario de las Obras de D. Luis de Góngora y Argote*, Madrid, 1930 (pp. 8 y 12), libro ya definitivamente juzgado por DÁMASO ALONSO en *RFE*, 18 (1931), 40-55, y en *La lengua poética de Góngora*, Parte I, p. 77, nota 1, en las dos ediciones (Madrid, 1931 y 1950).

⁹ En adelante, usaré las siguientes abreviaturas: D.A. (Dámaso Alonso); Z.M. (Zdislas Milner); R.G. (Roberto Giusti); Th. (Lucien-Paul Thomas); A.S. (August Soendlin); A.M.P. (Alfonso Méndez Plancarte); A.R. (Alfonso Reyes). — Sobre Z.M., *Monterrey*, núm. 6 (oct. de 1931), pp. 4-5; sobre R.G., *ibid.*, núm. 8 (marzo de 1932), p. 2; sobre Th., *D. Luis de Góngora y Argote*, Paris, [1932] ("Les Cent Chefs d'Oeuvre Étrangers"), *ibid.*, núm. 10 (marzo de 1933), p. 3. (El libro de Th. también ha sido reseñado por D.A. en *RFE*, 19, 1932, 196-197, aunque sin tocar el caso de la estrofa XI).

goristas contemporáneos, ha publicado su interpretación, que viene a reforzar a Milner¹⁰.

III

Hemos dicho que el punto fué ya discutido entre los comentaristas del Seiscientos. Si acaso desataron el nudo, como algunos lo pretendieron, ninguno quiso revelarnos su secreto. Pellicer escribe¹¹: “Muchos doctos advirtieron a don Luis que enmendase este verso [el 5 de la octava xi] . . . Nunca le quiso dar segunda esponja don Luis: yo cumplo con advertillo”. Y Martín de Angulo y Pulgar (si es que algún crédito le queda tras el juicio a que lo ha sometido D. A.¹²) se jacta de construir la consabida octava sin la menor dificultad, y desafía a Cascales, ya que se ha erigido en censor de Góngora, a que haga otro tanto¹³. Pero no nos da mayores luces.

Tenemos, pues, que conformarnos, por ahora, con las interpretaciones mencionadas. Desde aquí confieso que todavía me hallo indeciso. Me esforzaré, al menos, por hacer una exposición objetiva de las diferentes posturas.

IV

Texto de la estrofa xi, según el ms. Chacón que, para el caso, coincide con las lecciones usuales¹⁴:

Erizo es el zurrón *de* la castaña;
I entre el membrillo o verde o datilado,
De la manzana hypocrita, que engaña
A lo palido no: a lo arrebolado;
I *de* la ençina, honor de la montaña
Que pauellon al siglo fue dorado,
El tributo, alimento, aunque grossero,
De el mejor mundo, de el candor primero.

En suma, “que el zurrón (del pastor) servía también de «erizo» o «zurrón» (natural) no sólo a la castaña, sino a otros frutos: ante todo, a la manzana . . . (a la que la naturaleza no se lo concedió) . . . Imagi-

¹⁰ “Monstruosidad y belleza del *Polifemo*”, conferencia de D.A. en El Colegio de México, 15 de noviembre de 1948, y *Poesía española: Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, 1950, pp. 331-418. El artículo de A.M.P. en el diario *El Universal*, México, 10 de enero de 1949.

¹¹ *Lecciones solemnes* . . . , 1630, col. 73, núm. 4.

¹² “Temas gongorinos”, en la *RFE*, 14 (1927), en especial: “III. Crédito atribuible al gongorista D. Martín de Angulo y Pulgar”, pp. 369-404.

¹³ *Epístolas satisfactorias* . . . , Granada, 1635, f. 8 r^o-v^o.

¹⁴ *Obras*, ed. R. F.-D., t. 2, p. 37. Señalamos con *itálica* los puntos neurálgicos.

nar que en el primero y tercer caso [castaña y tributo de la encina] el poeta piensa en el erizo vegetal, y en el segundo (manzana) en el animal, [que suele recoger manzanas con las púas, y así lo ha entendido Pellicer], es crear un movimiento de ida y vuelta que no me deja satisfecho. Hay que partir del doble concepto de *zurrón* ('saco de pastor' y 'erizo vegetal', [olvidándonos del animalejo]), que escapó a los comentaristas y que me parece [es el] que estuvo en la mente de Góngora" (D. A., pp. 383-384 y nota 35).

Hasta aquí no hay tropiezo. Pero la dificultad se anuncia en el quinto verso. Según palabras de Pellicer (*loc. cit.*), el poeta "dize arriba que el *çurrón* era *eriço* de la *castaña* y de la *mançana*; y agora dize: de la *enzina*, y suena que *erizo del árbol*. Porque aquel *de* avía de estar con *el tributo*, *del tributo*. En el *çurrón* no venía la *enzina*, sino la bellota".

V

Soluciones propuestas:

1. A.R.—En mi edición antes citada, al reducir la grafía y la puntuación a la forma que me pareció más comprensible para un contemporáneo, escribí la estrofa de este modo:

Erizo es, el zurrón, de la castaña;
y —entre el membrillo o verde o datilado—
de la manzana hipócrita, que engaña
—a lo pálido no—: a lo arrebolado;
y de la encina, honor de la montaña
que pabellón al siglo fue dorado:
el tributo, alimento, aunque grosero,
del mejor mundo, del candor primero.

Mi puntuación, cierto, es torturada, cuanto lo es la sintaxis de la estrofa. Creo que el empleo de *guiones* y *comas*, etc., se defiende solo. Puse, por ejemplo, "el zurrón" entre *comas*. Ello era indispensable para destacar el sujeto transpuesto. "Erizo es el zurrón de la castaña", como todos leen, da lugar a un titubeo momentáneo. O parece que el sujeto es "erizo", cuando lo es "zurrón", o parece que "erizo" es adjetivo que califica al "zurrón de la castaña". Confusión pasajera, que se acentúa porque estamos acostumbrados a pensar más bien en el erizo animal. Las comas permiten entender: El zurrón de Polifemo sirve de erizo o funda espinosa para la castaña, etc.

No nos desviemos. La crisis acontece en el sexto verso, donde me resolví a cambiar la *coma* tradicional por los *dos puntos*. El efecto es inmediato: Góngora supone que el zurrón es erizo de la castaña y, amén del membrillo verde o del datilado, de la manzana, y además (tomando el todo por la parte), "de la encina" (por 'de la bellota');

y luego desprende en aposición los dos últimos versos, a modo de explicación o comentario poético.

A lo mejor, aun se le ha ocurrido jugar con la doble significación de la palabra "tributo", que estos juegos eran muy de su gusto, y quiere cegarnos a un tiempo con dos destellos semánticos: "tributo" y "atributo"; pues si la encina da el "tributo" de su bellota, también fue "atributo" o emblema de la Edad de Oro. Pero dejemos este "tributo" por 'atributo', que en todo caso es discutible, y aun puede ser que resulte ocioso o agregue una nueva confusión.

¿Que no pudo Góngora decir, en sinécdoque, la *encina* por la *bellota*? Nadie ha negado la licitud de esta figura. No es prudente razonar por metáforas, pero siento que la célebre escena de don Quijote y los cabreros procede en "sinécdoque mental": la bellota lleva a la encina, la encina a la Edad de Oro; y don Quijote, con un puñado de bellotas, imagina tener en la mano un compendio de los "siglos dichosos", y habla de ellos creyendo que todos lo entienden. A los cabreros les pasó entonces lo que nos acontece a los estudiosos de Góngora.

Esta asociación de imágenes y conceptos dejará honda huella en la imaginación literaria, gracias a Cervantes. Pero antes de llegar a él, posee ya tan largo y venerable abolengo, que ha tenido tiempo de crear trabazones y amasijos en los subterráneos de la conciencia... En fin, no se trata por ahora de eso, sino del extremo sintáctico, y repito una vez más que no estoy casado con mi hipótesis. Voy rumiándola, por ver si descubro alguna luz.

D.A., con perfecta cortesía, opone a esta hipótesis dos reparos; uno indirecto, otro directo:

a) Reparo indirecto: la postura de Z.M., a que él se inclina, ofrece, a sus ojos, la ventaja de respetar "escrupulosamente un texto que fué admitido por todos los comentaristas que convivieron con Góngora o su ambiente (Díaz de Rivas, Pellicer, Salcedo); al que sólo opone reparos el desligado y algo tardío Cuesta..." (p. 388).

Por lo pronto, Salcedo Coronel, más bien que respetar el texto, ignora o pasa por alto la dificultad; y Pellicer ya hemos visto que respeta el texto a regañadientes y manifiesta no entenderlo.

Pero, sobre todo, la puntuación que yo había propuesto, el simple cambio de una *coma* por *dos puntos*, ¿es realmente una falta de respeto a la forma tradicional? ¿Acaso la puntuación, en aquel siglo, estaba fijada al modo como hoy la entendemos? ¿Y no es el primer deber de toda reedición respetable y respetuosa el jardinar la anarquía que entonces era tan manifiesta y tan incómoda, el ajustar las arbitrariedades de aquella puntuación que tanto afean los viejos textos? ¿No nos dió de ello un magnífico ejemplo el propio D.A. en su texto de las *Soledades*, donde, entre otros muchos aciertos,

convierte el disparate: "mas, aunque caduca su materia" en el nítido verso: "más aún que caduca su materia"?¹⁵

b) Reparo directo: "... el inciso «honor de la montaña / que pabellón al siglo fue dorado» indica que en la mente del poeta estaba el árbol, pues sólo el árbol (y no el fruto) es lo que puede servir de «pabellón» a los simples y felices humanos de la Edad de Oro" (p. 387). Muy justo, pero arma de dos filos. O, como diría Espinosa Medrano: "Bien dicho, pero cógele de medio a medio"¹⁶. Pues esta observación se aplica igualmente, en toda su fuerza, tanto a mi lectura como a la de Z.M. ¡Como que ese inciso o incidental es un factor más en el problema! Si, por una parte, tenemos el enredo sintáctico, por otra tenemos la viveza con que en el primer tiempo se evoca a la encina misma y no a su fruto. (Éste recibirá después todos sus debidos honores). Y si esto puede perturbar mi sinécdoque, con igual o mayor título perturba la transposición de Z.M. y D.A. Lo entenderemos mejor al reducir a esquema la hipótesis que ellos presentan.

2. Z.M. y D.A

El zurrón es erizo

Iº de la castaña

y

—entre el membrillo o verde o datilado—

IIº de

1º la manzana hipócrita

que engaña —a lo pálido no— a lo arrebolado

y

2º el tributo

—alimento, aunque grosero

del mejor mundo, del candor primero—

de la encina,

honor de la montaña

que pabellón al siglo fue dorado.

"Algo violenta —me escribía Z.M.— la no repetición del *de*, por lo extenso del hipérbaton; pero no me parece que esta construcción sea contraria al uso gongorino, ni que, *reducida a sus términos esenciales*, choque a nadie: —El zurrón es erizo *de* la castaña, y *de* la manzana y *la* bellota". ¡Ojalá así lo hubiera dicho Góngora!

Sin duda que la no repetición del *de* es aún más violenta por la magnitud de la frase incidental. En cierto modo, esta "confesión de

¹⁵ *Soledades de Góngora*, editadas por D.A., Revista de Occidente, Madrid, 1927, p. 92, verso 201.

¹⁶ JUAN DE ESPINOSA MEDRANO [el Lunarejo], *Apologético en favor de D. Luis de Góngora*, reimpresso por V. García Calderón en *RHi*, 65 (1925), sec. I, § 2.

parte" era el reparo directo que me oponía D.A., aunque éste se refería, más que a la extensión del inciso, a la misma noción allí mentada o significada.

Copio de *Monterrey* lo que, de primer intento, dije a Z.M.: "En sintaxis, *reducir a los términos esenciales* [como usted lo hace,] es tanto como prescindir del problema. El caso sigue pareciéndome difícil". En efecto, el movimiento mental, *in abstracto*, en cuanto se lo descarna de su contenido, es muy simple:

$$a : b : c = f(d)$$

(a es a b, es a c, igual a función de d)

Pero con esto no se hace más que eludir el punto. Llenemos de palabras la fórmula, y otra vez reaparecerá el problema, como reaparece la imagen fotografiada al revelar la placa sensible.

D.A. simplifica así, a su vez, el esquema de Z.M.:

$$\text{Erizo es el zurrón} \begin{cases} 1^\circ \text{ de la castaña} \\ 2^\circ \text{ y } \dots \text{ de} \end{cases} \begin{cases} a) \text{ la manzana} \\ y \\ b) \text{ de la encina} \text{ el tributo} \end{cases}$$

La verdad es que, además de la transposición, las caudas de epítetos incidentales pesan mucho y aumentan el desequilibrio. En todo caso, es obvio que también a esta hipótesis se aplica el reparo indirecto que me opone D.A. Es innegable que, en la mente del poeta, estuvo presente, por un instante, la encina y no la bellota. Pero de esta imagen pasó fácilmente a la imagen de la bellota misma. O mejor: cualquiera haya sido la idea primera en tiempo (encina o bellota), a cada una concedió un vistoso cortejo (ya "honor de la montaña que pabellón al siglo fue dorado", ya "el tributo, alimento, aunque grosero, del mejor mundo, del candor primero"). El poeta se ahoga de riqueza.

De aquí que, para leer correctamente la estrofa como Z.M. y D.A. quieren que se lea (y bien pueden tener razón, yo no lo niego, apenas lo pongo en duda), haya que proceder a una rigurosa asepsia de paréntesis:

Erizo es, el zurrón, *de* la castaña
y (entre el membrillo o verde o datilado)
de la manzana hipócrita (que engaña
a lo pálido no, a lo arrebolado)
y *de la encina* (honor de la montaña
que pabellón al siglo fue dorado)
el tributo (alimento, aunque grosero,
del mejor mundo, del candor primero).

3. R.G. nos escribía al respecto:

Pongo también mi parecer sobre la estrofa XI del *Polifemo*, que concuerda —si lo entiendo bien— con el del señor Milner. No puede leerse a mi juicio sino: *Y de la encina el tributo*, con transposición del determinativo y con dos aposiciones, la correspondiente a la encina, y la correspondiente a la bellota. Creo que usted ya ha rectificado en su mente la puntuación de su edición de "Índice". Su interpretación es ingeniosa, y perfectamente legítima en cuanto identifica la encina con su fruto, por una metonimia; pero, en la conjeturada reiteración poética de los dos últimos versos, sobraría evidentemente la palabra *tributo*. No le encuentro otra explicación, si no es haciéndolo regente de la *encina*.

Es decir, que "Erizo es el zurrón" etc. ha de leerse: "El zurrón es erizo de la castaña y de . . . el tributo de la encina".

Ha aparecido aquí un nuevo reparo a mi lectura: —que, de aceptársela, sobraría el *tributo*. No sobra, no. Precisamente estas reiteraciones sirven como mandadas hacer para resaltar o redibujar rasgos particulares o contenidos implícitos del objeto. En la metonimia de Cervantes: "los persas, arcos y flechas famosos" (*Quijote*, I, 18), no sobran los arcos y flechas, ellos son la metonimia misma, en oficio reiterativo. Lo que sucede es que Góngora recarga los tintes, pasa el pincel tres veces: 1) *encina*, generalidad; 2) *tributo*, particularidad; 3) *alimento*, función.

4. Th., a su turno, viene a decirnos: La palabra *de* no es preposición de genitivo, sino forma imperativa del verbo *dar*. He aquí, prosificando la octava, cuál sería el resultado: "El zurrón (de Polifemo) es erizo (o digamos continente) de la castaña y —entre el membrillo o verde o datilado— de la hipócrita manzana que engaña, no a lo pálido, sino a lo arrebolado. Y la encina, honor de la montaña que fue pabellón al siglo dorado, *dé* el tributo, alimento, aunque grosero, del mejor mundo, del candor primero".

Por consiguiente, Th. traduce (*op. cit.*, p. 99):

*Et donne la chéne, honneur de la montagne,
Qui fut un pavillon au siècle d'or,
Le tribut, aliment, quoique grossier,
Du monde meilleur, de la candeur première!*

Y explica en nota:

Góngora nos ha recordado, en la estrofa precedente, los delicados procedimientos con que se conservan los frutos más preciosos [la serba y la pera nombradas en la octava X, a que ahora añade la castaña, el membrillo, la manzana]. Polifemo los guarda cuidadosamente en su saco, para después someterlos al tratamiento apropiado. En cambio, la bellota, que, aunque alimento de la Edad de Oro,

es silvestre y grosera, no se guarda en el saco para conservarla. El autor establece, pues, una oposición entre los cuidados concedidos a los frutos cultivados y más finos, y la negligencia con respecto al fruto que la encina *da* espontáneamente.

Al informar sobre esta interpretación, en *Monterrey*, me atreví a comentarla así: "Creo que hay una falta de ilación evidente. Esta construcción no me parece conforme con el rigor retórico de la época, y menos en cosa tan sagrada como la octava real, y tampoco me parece convenir a la contextura gongorina, toda ella tan bien tejida y apretada. Parece una libertad de hoy, impropia de aquel tiempo".

5. A.S. me escribió desde Cincinnati:

Recibí una carta del señor Dámaso Alonso con que contesta a una consulta mía respecto a los versos 81-88 del *Polifemo*. Tuve la osadía, hace algunos meses, de presentarle una construcción de la estrofa que yo creía ser la revelación del secreto de Angulo y Pulgar. El señor Alonso me dice en su carta que, desde un punto de vista *matemático*, es inatacable, pero la inversión que hay que suponer parece algo excesiva aun para Góngora. He la aquí: *Erizo es el zurrón a) de la castaña y - c) entre el membrillo - b) de la manzana - d) y el tributo de la encina*; es decir: la manzana entre el membrillo y la bellota.

Aduce el señor Alonso, como ejemplos de inversión entrelazada (*acbd*), aunque no se extienda a tan gran número de versos, el soneto núm. 22, versos 12-14, y el núm. 292, versos 9-10 (ed. R. F-D.):

Dime si entre las rubias pastorcillas
has visto, que en tus aguas se han mirado,
beldad qual la de Clori, o gracia tanta.

.....
Quexáos, señor, o celebrad con ella [con la pluma],
de el desdén, el favor de vuestra Dama.

Contrapone su propia construcción, que me parece menos violenta que la mía.

O sea, que acaba A.S. por inclinarse al bando de Z.M. y D.A. La construcción de A.S. puede reducirse así:

El zurrón es erizo de la castaña y de la manzana (entre el membrillo y de la encina el tributo).

Hace bien A.S. en inclinarse finalmente a la explicación de Z.M. y D.A., pues el nuevo esquema que él discurría introduce una nueva e inútil dificultad y deja vivo el conflicto, que está en la inversión: "de la encina el tributo".

6. A.M.P. analiza lúcidamente el proceso de esta discusión y propone dos explicaciones posibles:

1ª Una errata, como las muchas que afean los códices y antiguas ediciones de Góngora, nos lleva a leer: "*de la manzana*" donde el poeta pudo decir "*da la manzana*". "El zurrón de Polifemo . . . no sólo es erizo de la castaña, sino que *da* u ofrece, además de ésta, estas otras frutas: la manzana —entre los membrillos— y *el tributo de la encina* (o sea, la bellota, como complemento directo) . . ." Esta postura, aunque menos forzada, ofrece alguna semejanza con la de Th. Ingeniosa, pero no convincente, y casi por las mismas razones. Creemos que ha sido propuesta a título de recurso desesperado.

2ª:

Cuando hay en una frase tres o más sustantivos precedidos por la misma partícula (preposición, conjunción o artículo), puede ésta anteponerse a sólo el primero, o repetirse ante todos ellos, o también reiterarse ante algunos, mas no ante todos . . . El esquema sintáctico de esta octava de Góngora habría sido, por tanto, este último, llanamente: —El zurrón es erizo *de la castaña* y *de la manzana* y *la bellota* (o sea, *el tributo de la encina*), sin la menor razón para exigirle que repitiera y *de la bellota* . . . De esta manera —y sin disimularnos que el hipébaton y la interposición de varios largos incisos no hay duda que obscurecen dicha línea sintáctica—, nos atrevemos a pensar que queda irreprochablemente construída la tal octava, desembocando todo en la paradoja de que esta célebre dificultad quizá no existió jamás.

Esta postura se confunde con la de Z.M. y D.A.

VI

Si dejamos fuera la proposición de Th. y la primera de A.M.P. —ambas objetables—, quedan sólo dos posturas: la sinécdoque y la transposición. Con cierto desánimo, he defendido mi interpretación juvenil, la sinécdoque, porque era fuerza que acabara yo de explicar los motivos que la fundaban o pretendían fundarla. La mayoría de opiniones está por la tesis de la transposición, que tampoco logra entusiasmarme. El ms. Chacón, y numerosos textos de la época, escriben a veces *de el* en vez de escribir *del*. Hoy, habituados a esta última grafía, tendemos a ver la forma *del* como vocablo único, y el partirlo con transposición e inciso nos sabe a *tmesis*: ese hipébaton de cuyo uso Espinosa Medrano absuelve a Góngora con razón, y que con razón consideraba impropio de nuestra lengua, aunque usado por los latinos; figura que equivaldría, en el caso, a decir: "*Valiente —y la valentía es alta virtud— habláis mente*". Posible es que el hábito de escribir *del* y no *de el* también contribuya a mi resistencia. No puedo ser más sincero.

Pero me queda algo por decir, y es tiempo de declararlo sin ambages. El esquema de Z.M. y D.A. no me inspira simpatía por lo

mismo que deja a Góngora —a diferencia del mío— en una situación poco airosa. Pues, si aquel esquema nos da la verdadera lectura del fragmento, es innegable que Góngora fue esta vez poco afortunado e incurrió en una pirueta de acróbata a costa de la economía y la belleza. Es verdad que su característica es precisamente este abuso; pero aquí lo habría exagerado aún. Más valdría, entonces, mil veces, conceder que se ha equivocado y suspirar por aquella “segunda esponja” a que siempre se mostró tan reacio con respecto a la estancia XI, confesándola como la hija lisiada y predilecta. Después de todo, también los grandes poetas padecen ofuscaciones. También Mallarmé fue un denodado campeón en ese combate contra las palabras que es, en parte, la poesía. Sin embargo, en la *Brisa marina*, por ejemplo, se dejó decir cosas como ésta: “Acaso *los mástiles* sean de aquellos que un viento dobla en los naufragios, *sin mástiles, sin mástiles* ni fértiles islotes”. ¡Mástiles sin mástiles, dos veces sin mástiles! ¡Y era Mallarmé!¹⁷

La Musa me dice al oído que el fragmento resulta más elegante y poético leyéndolo como yo lo leo, lo cual no es criterio inoportuno tratándose de un excelso poeta. Con todo, no me duelen prendas. Me apresuro a reconocer que este criterio subjetivo es orillado a muchos deslices. Ya lo muestra así Gerardo Diego cuando, con travesura ingeniosa, destaca del contexto la frase: “La playa azul de la persona mía” (*Polifemo*, oct. LIII, v. 4), y de propósito la lee disparatadamente, deleitándose con el encanto que posee en sí misma¹⁸. Tampoco quisiera yo vanagloriarme ridículamente de haber enmendado la plana a Góngora, como en el caso de la errata de imprenta que enderezó para siempre el famoso verso de Malherbe. Anhelaría más bien haber acertado con lo que el poeta realmente dijo y quiso decir.

Aprecie el lector cómo, al volver Góngora del destierro a que lo tenía condenado la crítica, ha resucitado entre sus adictos la vieja costumbre de cambiarse comunicaciones y noticias sobre los lugares dudosos de sus poemas. Y disculpe este paseo por la intrincada selva de los hiperbatones, hiperbases o hipérbatos, o llámeselos: “¡Pasa, Gonzalo!”, como decía el donoso Lunarejo.

ALFONSO REYES

El Colegio de México.

¹⁷ *Mallarmé entre nosotros*, Destiempo, Buenos Aires, 1938, p. 79.

¹⁸ “Un escorzo de Góngora”, en *ROcc*, 1924, núm. VII, p. 85.